

N.º 3.—Las costumbres.

Los principios de libertad y de igualdad que se hallan en germen en la sociedad germánica no habrían bastado para regenerar el mundo romano. El cristianismo hacia de la igualdad un dogma, reconocía la individualidad permanente del hombre; y, sin embargo, fué impotente para devolver la vida á la antigüedad. Es que una corrupcion monstruosa corroía á los pueblos; y para salvarlos, se necesitaba otra cosa más que principios; era necesario darles lo que les faltaba esencialmente, costumbres puras y fuertes. Dios había conservado en los bosques de la Germania una raza dotada de las cualidades necesarias para renovar la sociedad. Oigamos á Tácito:

“Los matrimonios son castos entre los Germanos; no hay rasgo en sus costumbres que merezca más elogios. Ellos solos, entre todos los Bárbaros, se contentan con una sola mujer... Éstas, á su vez, viven á la sombra de la castidad, léjos de los espectáculos que corrompen las costumbres, léjos de los festines que encienden las pasiones... En una nacion tan grande apenas se cometen adulterios; y el castigo, en su caso, viene tras de la falta... En cuanto á aquella que prostituye públicamente su honor, no hay perdón para ella; ni hermosura, ni edad, ni riqueza, nada haría que encontrara un esposo. En algunas ciudades todavía más sábias no se casan más que las vírgenes; sólo una vez se transige con el voto y la esperanza de la mujer, la cual toma un solo esposo, así como tiene un solo cuerpo y una sola vida, á fin de que su pensamiento no vea nada más allá y de que su corazón no se vea tentado por ningún nuevo deseo...”

El cuadro que Tácito traza de las costumbres germánicas, ¿es la expresion de la verdad? “El historiador romano, se ha dicho, ha pintado á los Germanos, como Montaigne y Rousseau á los salvajes, en un acceso de mal humor contra su patria; su libro es una sátira de las costumbres romanas, el arranque elocuente de un patriota filósofo que quiere ver la virtud allí donde no encuentra la vergonzosa molice y la elegante depravacion de una vieja sociedad.” (1). Los distinguidos escritores que

(1) GUIZOT, lección VII.—VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, Prefacio.

atacan el testimonio de Tácito, ¿acaso no ceden, por su parte, á la influencia de una idea preconcebida? Para negar la autoridad de un historiador tal como Tácito sería necesaria otra cosa más que conjeturas. Las costumbres de los Bárbaros han sido descritas por un autor cristiano contemporáneo á la invasion: Salviano no idealiza á los feroces conquistadores del imperio, no oculta sus vicios; pero les reconoce una virtud, la de la pureza y la castidad. ¿Ni cómo hubiera osado, enfrente de los Bárbaros y de los Romanos, celebrar la pureza de los unos y estigmatizar la corrupcion de los otros, si ese paralelo no hubiera sido la expresion de la verdad? (1).

Penetremos en la intimidad de la sociedad germánica, y allí descubriremos el principio de las virtudes admiradas por Tácito. Los Padres de la Iglesia acusaban al paganismo romano de que favorecía la inmoralidad. Cuando los dioses se manchan con todos los vicios, ¿puede el culto que se les rinde formar costumbres castas y austeras? La religion de los Germanos era bárbara; derramaban sangre sobre los altares de sus dioses; pero esos dioses no eran tipos de impureza, y su culto no era una orgía.

Los sentimientos de los Germanos acerca de la mision de las mujeres en la familia son otra causa de superioridad sobre la sociedad antigua. La mujer en el Oriente ha sido siempre envilecida, al considerarla únicamente como instrumento de placer; donde reina la poligamia, la mujer no ocupa un rango más elevado que los objetos del mundo físico. Al proscribir la poligamia, el Occidente ha realizado un inmenso progreso sobre el mundo oriental; pero la mujer ha continuado siendo un sér inferior, incompleto, casi monstruoso, aún á los ojos de los filósofos; y en las costumbres aún permanece siendo lo que era en Oriente, un cuerpo sin alma. De ahí la profunda degradacion de las mujeres y la irremediable corrupcion de las costumbres.

Enfrente de ese concepto de los antiguos pongamos la idea que los Germanos tenían de la mujer, y veremos un mundo nuevo: “Los regalos de boda que el marido hace á su mujer son bueyes, un caballo embridado, un escudo con su frámea y la espada. La mujer, por su parte, da al marido

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

algunas armas. Ese es el lazo sagrado, el símbolo misterioso de su union... Los auspicios mismos que presiden al himeneo advierten á la mujer que viene á participar de los trabajos y de los peligros de su esposo, y que su deber es sufrirlos y arrostrarlos del mismo modo que él, tanto en la paz como en la guerra. Y esto es lo que le indican los bueyes uncidos, el caballo ensillado y las armas que se la entregan: así aprende cómo se debe morir.” (1). La mujer germana no es ya un instrumento de placer, es la compañera del marido, de cuya suerte ha de participar. Entre los antiguos, la mujer, asimilada al esclavo, se degrada como él: la idea germánica la realza dándole la dignidad y la fuerza de un sér libre. Comparad la conducta de las cautivas en los tiempos heroicos de la Grecia con la conducta de las mujeres germanas: las primeras pasan de un dueño á otro sin oposicion y casi sin pena; las otras se matan ántes que sufrir la servidumbre y la vergüenza (2).

El heroísmo de la Edad Media se distingue muy especialmente del heroísmo antiguo por el culto á la mujer: ese tinte de gallarda caballeridad tiene su raíz en las costumbres germánicas. Los Germanos comprendían instintivamente que la mujer es superior al hombre por el sentimiento: “Creen, dice Tácito, que hay en el bello sexo algo de divino y de profético; por eso no desdeñan sus consejos y hacen gran caso de sus predicciones. Nosotros hemos visto, en tiempo de Vespasiano, á Velda honrada en muchas partes como una divinidad.” (3). Ese mismo entusiasmo por la mujer se encuentra en la mitología del Edda y en las poesías de los Escandinavos. Las leyes de los Bárbaros velan por el pudor como lo haría un amante (4). La pena por composicion de una injuria hecha á la mujer tenía, en general, una tarifa más alta que la señalada por injurias hechas al hombre; la ley de los Bárbaros motiva ese favor en que la mujer no se puede proteger á sí misma por medio de las armas (5). ¿Quién no admiraría esa

(1) TACIT., *German.*, XVIII (traduc. de BURNOUF).

(2) DION. CASS., LXXVII, 14.

(3) TACIT., *German.*, VIII, C. *Histor.*, IV, 61, 65; V, 22, 24, 25.

(4) El que ha cortado la cabellera de una jóven es condenado á pagar 82 sueldos y medio de oro; el hombre libre que ha estrechado la mano ó el dedo de una doncella de condicion libre también es condenado á pagar una multa de 15 sueldos de oro, y de 30 si le ha estrechado el antebrazo, etc. (*Lex Satic.*, título 23).

(5) *Lex Baju.*, III, 13.

delicadeza en medio del reinado de la fuerza?

Un pueblo que honra en la mujer lo que hay en ella de más elevado y más noble, y que hace de ella la compañera y aún la consejera del hombre, no puede ser un pueblo corrompido. La antigüedad rebajaba los esclavos y las mujeres al rango de cosas, y pagó la pena de ese desprecio de la naturaleza humana: la corrupcion, nacida de la servidumbre, la mató. Los Germanos han rejuvenecido el género humano con la pureza de su sangre. Guardémonos de perder esa herencia de nuestros antecesores: las costumbres son una condicion esencial de la vida.

§ IV.—Principio bárbaro.

“Los pueblos del Norte no dan importancia á la vida: esa disposicion los hacia animosos para consigo mismos, pero crueles con respecto á los demas: el hombre nacía para inmolar al hombre. La vejez era despreciada, ignorada la humanidad y mirada con desden la cultura intelectual. La guerra era el único objeto de la existencia. Las facultades del alma no tenían más que un uso, el de acrecentar la fuerza física.” Estas palabras de *Mme. de Staël* explican la barbarie de los Germanos, la cual tiene su principio en la misma virtud que los caracteriza, el espíritu guerrero. Domina la fuerza, los fuertes solos tienen derecho de vivir: “El padre mata los hijos ciegos ó mal conformados con el hierro, el agua ó el fuego; el hijo da la muerte á sus ancianos padres; el padre de familia cuelga de los árboles á sus sirvientes enfermos.” (1). Tales eran las costumbres de los Prusianos, horrible símbolo de la barbarie primitiva. Sin embargo, esa barbarie que nos repugna no era la crueldad. Si el padre no levanta al recién nacido que han colocado á sus piés, es que aquel niño débil no encontraría sitio en una sociedad que sólo vive por la fuerza; el padre hace lo que el niño mismo haría si tuviera conciencia de su sér y de su porvenir. Si se da muerte á los viejos, es con su consentimiento; ¿para qué sirve la vida cuando no se puede combatir? Los guerreros del Norte se arrojaban ellos mismos de la roca de Odino.

Cuando el imperio de la fuerza impone silencio á los más dulces sentimientos de la naturaleza, es

(1) GRIMM, *Antigüedades del Derecho*, p. 488.

señal inequívoca de que la violencia reina en todas las relaciones sociales, mejor dicho, no hay sociedad, todo está entregado al capricho de las libertades individuales. El poder del Estado se manifiesta, sobre todo, en la acción de la justicia social. Los Germanos apenas tenían idea de esta justicia; no veían en el crimen una violación del orden moral, sino una simple lesión del interés particular; correspondía, por lo tanto, al perjudicado y á su familia el procurarse reparación por medio de la venganza. La justicia era una guerra que se perpetuaba entre las familias ó se terminaba por un ajuste pecuniario entre los combatientes (1).

Tácito dice que las enemistades de familia son peligrosas, sobre todo en un estado de libertad. La libertad de los Germanos no era otra cosa que la acción desordenada de las fuerzas individuales; temiendo por objeto satisfacer las pasiones del momento, conducía al furor de los combates ó á una vergonzosa ociosidad (2); y para huir el fastidio consiguiente, se entregaban con avidez á los juegos de azar, en los que se engolfaban hasta el punto de jugar su libertad. Tácito, á quien se acusa de idealizar á los Germanos, no oculta el gusto immoderado de éstos por las bebidas fuertes: "Si fomentais la embriaguez, dice, proporcionándoles todo cuanto quieran beber, sus vicios los vencerán no ménos fácilmente que vuestras armas." El consejo que el gran historiador da á los Romanos para subyugar á los Bárbaros se ha aprovechado en los tiempos modernos para destruir á los salvajes embruteciéndolos. Felizmente había en la raza germánica una fuerza más grande que sus vicios: la virtud guerrera salvó á los Germanos y al mundo.

Los historiadores romanos son pródigos de acusaciones contra los Bárbaros. "Su carácter, dice Veleyo, ofrece una mezcla de astucia y de ferocidad; es un pueblo nacido para la mentira," (3). "En la embriaguez de la victoria, añade Tácito, olvidan el derecho divino y el humano." La guerra daba derecho de matar á los cautivos, y ese horrible derecho lo practicaban (4). En lugar de

(1) ROGGE. *Sobre la naturaleza de la justicia de los Germanos*, página 5.

(2) TACIT., *German.*, c. 15, 21, 23.

(3) VELLEJ. PATERC., II, 118.—TACIT., *Annal.*, II, 14.

(4) GRIMM, *Antigüedades del Derecho*, p. 320 y siguientes.

moderar la pasión de la sangre, la religión la exaltaba; y persuadidos de que nada podía ser más grato al árbitro de las batallas que la efusión de sangre humana, los Germanos le sacrificaban los prisioneros. Entre los pueblos del Norte, que llevaban al extremo las virtudes y los vicios de la raza germánica, los templos se transformaron en mataderos. Se inmolaban á la vez hasta noventa y nueve víctimas; se inundaban de sangre los edificios sagrados y los ídolos, y hasta se rociaba con sangre al pueblo; en tiempos de escasez, se inmolaban reyes; y los príncipes, para obtener la victoria, ofrecían á Odino la vida de sus hijos (1).

Los escritores alemanes han procurado en vano lavar esa mancha de sangre que afrenta á sus antepasados. Dicen unos que los vencidos eran considerados como criminales é inmolados con ceremonias religiosas. Otros ven en aquellos sacrificios una obra de humanidad: se inmolaba á los prisioneros, dicen, para evitarles el tratamiento cruel de un bárbaro vencedor (2). Esas explicaciones son una ilusión del patriotismo germánico. Los sacrificios humanos eran una consecuencia inevitable de las ideas religiosas de los Germanos. La muerte parecía una cosa tan agradable á los dioses, que los héroes la buscaban en los combates, y hasta se la daban á sí mismos cuando no les alcanzaba el hierro del enemigo; ¿qué cosa más natural entonces que hacer intervenir la muerte en los homenajes que se tributaban á la divinidad? Hay todavía más: la barbarie tenía su misión. Para subyugar á Roma era menester una espada bien templada, así como para devolver el sentimiento de la libertad á un mundo envilecido por el despotismo se necesitaba un pueblo formado en medio de una salvaje independencia. Por más que tengan su razón de ser esos bárbaros elementos, no dejan por ello de constituir actos de barbarie. Para templarla, Dios había levantado la civilización antigua y preparado el cristianismo: aquella enseñó á los Germanos á someterse á la potestad del derecho, y el cristianismo les enseñó la caridad.

(1) GRIMM, *Mitología*, p. 38-40.—MALLETT, *Introducción á la historia de Dinamarca*, lib. II.—OZANAM, *Obras*, t. III, p. 92 y siguientes.

(2) LEO, *Compendio de Historia universal*, t. II, p. 9.—PFISTER, *Historia de Alemania*, t. I, p. 246 (de la traducción).

CAPÍTULO III.

LA INVASION.

§ I.—Los Bárbaros dueños del imperio.

N.º 1.—Los Bárbaros llamados por los Romanos.

Conocido es el sistema del abate Dubos (1) acerca de los orígenes de la monarquía francesa. Según el ingenioso pero paradójico historiador, la conquista de las Galias habría sido una ilusión histórica: los Francos se establecieron en el imperio, no como enemigos de los Romanos, sino como aliados; sus reyes recibieron de los emperadores las dignidades á que iba anexo el gobierno de aquellas provincias, y por un tratado formal sucedieron en los derechos de Roma. Fácil fué á Montesquieu destruir esa novela (2): "¿Eran los Francos los mejores amigos de los Romanos... los Francos, que les hicieron y que recibieron de ellos daños terribles? ¿Eran los Francos los mejores amigos de los Romanos... ellos, que, después de haberlos subyugado con sus armas, los oprimieron á sangre fría con sus leyes? Sí, eran amigos de Roma, como los Tártaros que conquistaron la China eran amigos de los Chinos." Hay, sin embargo,

(1) DUBOS, *Historia crítica del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias*.

(2) Así es como MABLY califica la paradoja de Dubos (*Observaciones sobre la historia de Francia*, t. I, p. 116).

en esa paradoja tan vivamente criticada del abate Dubos un hecho verdadero, y es el de que los Bárbaros fueron llamados por los Romanos. Y nada prueba mejor que eso cuán necesaria era aquella inmensa revolución. No obstante, aún hay escritores en el día que deploran la caída de Roma como el mayor de los males que ha podido sufrir la humanidad; que lamentan la civilización romana destruida por pueblos semi-salvajes, y que maldicen la anarquía y la decadencia intelectual, resultado del establecimiento de los Bárbaros. Demostremos é esos escritores que el mundo romano, bajo aquella decantada civilización, estaba agonizante; que para sostener un resto de vida se vió obligado á llamar á los Bárbaros en su ayuda; demostrémosles, en fin, que no fueron los Bárbaros los que invadieron el imperio, que fueron los Romanos los que se le entregaron.

Á la invasión de los Bárbaros se la representa ordinariamente como una inmigración imprevista y súbita de las poblaciones del Norte de Europa y de Asia; pero mucho tiempo ántes del gran movimiento de los pueblos que precipitaron la caída